

5

5.000 ANT XIX 43

64p

ACTA
Y
COMPOSICIONES PREMIADAS
EN LOS
JUEGOS FLORALES
CELEBRADOS EN EL
CIRCULO RECREATIVO
DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA

EL 24 DE MAYO DE 1879



MÁLAGA
IMPRESA DE LAS NOTICIAS Y LA REVISTA DE ANDALUCÍA
Calle del Cister, número 9
1879

JUEGOS FLORALES



CIRCULO RECREATIVO

ACTA
Y
COMPOSICIONES PREMIADAS
EN LOS
JUEGOS FLORALES
CELEBRADOS
EN LA CIUDAD DE ANTEQUERA
EL 24 DE MAYO DE 1879



MÁLAGA
IMPRESA DE LAS NOTICIAS Y LA REVISTA DE ANDALUCIA
Calle del Cister, número 9.
1879

JUEGOS FLORALES

ACTA

En la ciudad de Antequera, á diez y seis de Mayo de mil ochocientos setenta y nueve, se reunieron los Sres. D. Trinidad de Rojas y Rojas, D. José Rodríguez Campó, D. José Gallardo Molina y D. Enrique Perea Hernandez, nombrados por la Junta Directiva de la Sociedad CÍRCULO RECREATIVO para componer el Tribunal Jurado de los Juegos Florales, que previamente habia convocado aquella corporacion, ejerciendo el primero de dichos señores el cargo de Presidente y el último el de Secretario. El Sr. don Manuel Morales Ruiz, designado tambien, no pudo concurrir al acto.

Constituido el Jurado, se dió cuenta de una atenta comunicacion de la Directiva de dicha Sociedad, que remitia las cuatro composiciones presentadas y

otros tantos pliegos cerrados con las firmas de sus autores.

Seguidamente se leyó el pliego marcado con el número primero, que lleva por título «Pelar la Pava» y por lema «Las costumbres forman leyes»: examinado con detencion y teniendo en cuenta lo que sobre el referido tema previene el Programa, si bien dicho trabajo no reúne las condiciones necesarias para obtener premio, encierra, sin embargo, pensamientos ingeniosos, descripciones oportunas y una regular correccion en la forma, por lo que se le juzgó merecedor del accésit.

Procedióse despues á la lectura del pliego número dos, sobre el mismo punto, con el lema «El hora de las citas misteriosas etc.» y, examinado, se acordó por unanimidad que no reunía condiciones para obtener premio.

A continuacion llegó la vez á la poesía número tres, sobre el tema «La esposa de Farfan», que lleva por lema «Dulcis et decor est pro patria mori»: el Jurado al examinar dicha composicion la encontró bellísima, y por reunir todas las condiciones apetecibles; acreedora al premio designado.

Y por último, se leyó la composicion número cuatro, correspondiente al tema primero del Programa, con el lema «Guerra gritó ante el altar etc.»: examinado este canto épico, si bien no llena todos los requisitos que por su importancia requiere el asunto

para obtener el premio, considerando su buena entonacion y patrióticos sentimientos, se le adjudicó el accésit.

No habiendo más composiciones que examinar, se acordó devolver á la expresada Junta Directiva todos los documentos que remitió al Jurado, acompañados de la presente acta, dando por terminada la sesion.

EL PRESIDENTE,

Trinidad de Rojas y Rojas.

VOCALÉS,

José Rodríguez Gampó. José Gallardo Molina.

EL SECRETARIO,

Enrique Perea Hernandez.

LA ESPOSA DE FARFAN

POESIA DEL SEÑOR DON ANTONIO CALVO

PREMIADA CON JAZMIN DE ORO.

Dulcis et decor est, pro pátria mori.

En el nombre de Dios á quien acato,
esencia pura de verdad divina;
en el nombre de Dios, aquí el relato
comienzo de una historia peregrina,
de siglos que pasaron fiel retrato
que el sol de los recuerdos ilumina,
mostrando á nuestras almas en un punto,
de heroína y mujer bello conjunto.

Nada es tan grato, si en la noche oscura
perdido entre las sombras vá el viajero,
caminando sin senda, á la ventura,
de honda sima tal vez por el lindero,

como poder al rayo que fulgura
vívida luz, mostrarle el buen sendero
por do llegue al lugar apetecido,
que en su angustia tal vez, lloró perdido.

Tal al alma le es grato cuando mira
sin norte caminar la humana gente,
que en torno al mal desatentada gira,
ciega avanzando cual veloz torrente,
mostrar la llama de la eterna pira
que á través de los siglos, refulgente,
ilumina con mágicos destellos,
de Dios, Pátria y Honor los nombres beilos.

Augustos nombres que en la pátria mia,
en esta España que los mares doma,
do brilla el sol al par de la hidalguia,
y el mundo ejemplo de virtudes toma,
no ha podido borrar la turba impia,
de arraigadas creencias vil carcoma,
porque es del hombre la mujer escudo,
si olvidar su deber el hombre pudo.

Eso hais de ver palpable, en esta historia
que códices antiguos repasando
siendo niño encontré, y en mi memoria,
de la edad á través la fuí guardando.
Página es que nuestra pátria gloria,
en el eterno libro fué grabando
de la Fama. Con ella por testigo,
en el nombre de Dios comienzo y digo:

En clara noche de luna,
armado de todas armas,
al frente de cien ginetes

el bravo Farfan cabalga.
Que jóven és y que cuenta
altiva y noble prosapia,
lo muestran su continente,
y su apostura bizarra.
En Toledo fué nacido,
en aquella renombrada
ciudad que el Tajo visita,
besando el pié á sus murallas.
En ella creció, y en ella
se enamoró de una dama,
que en nobleza y hermosura,
pocas son las que la igualan.

Doña Leonor ha por nombre,
y á fé que acertados andan,
los que tal nombre pusieron
á la bella Toledana;
porque del «honor» celosa,
y de sus leyes esclava,
como «leona» se irrita
cuando el honor no se acata.
Es altiva al par de noble,
pues por su padre educada,
recibe de él las caricias
que de su madre le faltan.
Pero son caricias rudas,
pues de los padres el alma,
nunca la dulzura abriga
que la de las madres guarda.

Y aquella rudeza, propia
de quien vive en las batallas,
mandando guerrera gente,
y blandiendo férrea lanza,
de tal manera en la niña
dejó su huella marcada

sin alterar el carácter
femenil que la adornaba,
que más de una vez la vieron,
quienes tal honra alcanzaran,
ser entre soldados gefe,
y entre las dueñas ser dama.

Mas ni tan raro carácter,
ni el orgullo de su raza,
ni el valor que la distingue,
ni la altivez de su alma,
á defenderla bastaron
de aquel que torna en esclavas,
lo mismo á las ricas hembras,
que á las humildes villanas.

Del amor, á quien no importan
esferas altas ni bajas,
por ser bastante á sus fines
encontrarse con un alma.
Y así como en primavera,
al puro llanto del alba,
y del sol al tibio rayo,
y al leve soplo del aura,
abren el caliz las flores,
y sus perfumes exhalan
desde la oscura violeta
á la rosa nacarada;
lo mismo en la edad bendita
que adolescencia se llama,
del aura de los amores,
ligera, alegre, liviana,
del rocío de unos ojos,
del rayo de una mirada,
viene el conjunto á posarse
en los pétalos de un alma,
y aquel alma, estremecida

por un placer que ignoraba,
de un mundo que no conoce,
camina tras la esperanza.

Tal Leonor, la rica hembra,
la de solariega casa,
la que es ruda con los hombres,
y con las mujeres dama,
sin darse cuenta á si propia,
más de una vez suspirara,
de su castillo vagando
por la altísima muralla.
Suspira, y ván sus suspiros
adonde ván sus miradas,
tras de un objeto indeciso
que allá en sus ensueños vaga.
Objeto que adquiere formas
concretas, determinadas,
al calor de los recuerdos
que por su mente resbalan.
Ellos la imagen le pintan
gentil, apuesta y bizarra,
de un doncel que en ciertas justas,
llevó del valor la palma.
Ninguno como él revuelve
su caballo de batalla,
ni en el palenque cerrado
hay quien resista su lanza.
Al par de valiente, es noble,
pues calza espuela dorada,
y muestra limpios cuarteles
el escudo de sus armas.
Y ella que tambien es noble,
y que el valor idolatra,
embebida en sus recuerdos
una hora tras otra pasa,

gozando sin darse cuenta
de aquel placer que la embarga,
reservado á un alma virgen
que por primera vez ama.

El doncel que así á la bella
el reposo le robára,
y que á su vez busca en vano
la perdida dulce calma,
era Farfan, que en las justas
en que cual bravo lidiara,
si honra y prez ganó cual bueno,
su nombre dando á la Fama,
en cambio perdió el reposo,
y la libertad del alma,
que en los ojos quedó presa
de Leonor, la altiva dama,

Era tímido el amante,
la doncella recatada,
él la adoraba en silencio,
y ella en silencio le amaba;
mas el amor comprimido
rompe del temor la valla,
ansiendo ver convertida
en realidad la esperanza.

Así Farfan, no pudiendo
de su corazon que estalla,
reprimir aunque quisiera
las vivas ardientes ansias,
de Leonor hasta las manos
hizo llegar una carta,
traslado fiel de los sueños
que su pensamiento embargan.

En ella, de los amores

que muerta le traen el alma,
con encantadoras frases
pinta la candente llama.

Que eterna será le jura,
y le jura que colmada
será su dicha, si acepta
la vida que le consagra.

Leyó Leonor la misiva
con el alma alborozada,
que verse correspondido,
es placer para quien ama;
y á su pasión atendiendo,
y de su deber esclava,
esta concisa respuesta
hizo que á Farfan llegara.

—«Os amo, ved si mi padre
accede á vuestra demanda;
su voluntad es la ley
que mi voluntad acata.»—

El padre accedió gustoso,
y el sacerdote ante el ara
bendijo á los dos amantes,
fundiendo en una sus almas.

Tres meses serian pasados
des que la boda se hiciera,
y allá en apartada estancia
de la casa solariega
de Farfan, su bella esposa
sumida en honda tristeza,
recatándose de todos,
de sus pages y sus dueñas,
dá espansion á sus suspiros,
y á las lágrimas dá suelta,

buscando alivio á su alma,
que enfermó de mal de ausencia.

Mas ¡ay! que segun el dicho
de un renombrado poeta,
es la ausencia fuerte viento
que el fuego grande acrecienta,
y no bastan los suspiros,
ni las lágrimas que queman
el rostro de quien las vierte,
para aminorar la pena,
ni calmar por un momento
aquel dolor que le aqueja,
dolor que dentro del alma,
de sí mismo se alimenta.

Por eso, Leonor llorando
y al viento dando sus quejas,
ve que lejos de calmarse,
es cada vez mas intensa
la pena devoradora
que sin cesar la atormenta,
y el corazon le taladra
con cruelísima insistencia.

En vano pasan los dias,
y en pos los meses se llevan,
el dolor de ausencia crece,
á compás que el tiempo mengua,
pues aunque todo lo borra
segun antigua sentencia,
cuando del amor se trata,
en vez de axioma es conseja.

Y mas si el amor anida
en un alma virgen llena
de ensueños fascinadores,
de ilusiones alhagüeñas,
que del amor al impulso,

y con el deber por lema,
son la vida de su vida,
y la esencia de su esencia.

Entonces, por cada paso
que el bien querido se aleja,
por cada veloz minuto
que se prolonga la ausencia,
todo un mundo de amargura
del corazon se apodera,
y en hondo mar sin orillas,
cuyas olas gigantescas
el cielo y la tierra envuelven
en pavorosas ténieblas,
sin norte, sin rumbo el alma,
desesperada navega.

Y el recuerdo de las horas
alegres, dulces, serenas,
que por la vida pasaron,
dejando al pasar sus huellas,
al retratar en la mente,
del pasado la belleza,
trae al alma una tortura,
que es horrible por lo lenta.

Así Leonor, tierna esposa
que de su amor gozó apenas,
de Farfan se mira ausente,
y enfermó de mal de ausencia.

Para llorar se recata
de sus pajes y sus dueñas,
que aunque mujer, no le gusta
dar señales de flaqueza;
y las diera indubitables
si sus lágrimas se vieran,
que es mengua lllore una dama,
si su esposo fué á la guerra.

Pero al ser su alma el esposo,
y al mirarle que se aleja,
vivir no puede sin alma,
y Leonor se va tras ella.

Tuvo principio la historia
de que os hago fiel relato,
al contar de nuestra era
mil cuatrocientos diez años.

Don Juan Segundo, era niño,
y del reino castellano
era Regente su tío
el Infante Don Fernando.
Varon justo, recto y noble,
á quien los grandes, en vano
pretenden dar la corona,
que D. Juan habia heredado;
él, mas corona no quiere,
que la que el valor probando
en los campos de batalla,
ciñe á su sien el soldado.

Y estando de España el suelo,
con sus plantas mancillando
la infiel raza descreida
del invasor mahometano,
al grito de Dios y Pátria,
que es de guerra grito santo,
el cual jamás desoyeron
los que se precian de hidalgos,
junta numerosa hueste,
y con bélico entusiasmo,
á poner cerco á Antequera
parte firme y denodado.

Va Farfan entre los nobles,
lucida hueste mandando,

que allegó doscientas lanzas
entre deudos y vasallos.

Deja del hogar los goces,
para luchar sin descanso,
y aunque el alma atrás se deja
de su esposa en el regazo,
el honor le dice á voces,
en su conciencia gritando,
se debe á Dios y á la Pátria,
por caballero y cristiano.

No era empresa tan sencilla
como al principio pensaron,
lanzar de Antequera al moro,
y arrancarla de sus manos.
No porque valor faltase,
que valor habia sobrado
para conquistar cien villas,
cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,
sino porque inespugnables
eran sus muros, faltando
ciertas máquinas de guerra,
que ayudarán al asalto.

Por ellas mandó á Sevilla
el infante D. Fernando,
mas en volver ya tardaban
los que á Sevilla marcharon,
y ya de tan larga espera
impacientes los soldados,
con insistencia al Infante
piden que ordene el asalto.
Mas él, prudente se niega,
pues al par valiente y cauto,
no quiere esponer su gente
á que sufra un descalabro.

Y sucedió lo que ocurre,
con frecuencia en tales casos,
unos á esperar se avienen,
y otros van desesperando.

Tal hay, que de menos echa
de sus lares el descanso;
tal, que ansioso quiere verse
de su familia en los brazos,
y tal que se desespera
porque del muro en lo alto,
no ha podido ya mil moros
ir al abismo lanzando.

Cada cual tiene un motivo,
y todos ellos acaso
más causa no reconozcan
que aquel reposo forzado.
Y el ocio es mal consejero,
como lo acreditan harto,
los corrillos que se forman
do murmuran por lo bajo.

Farfan que vivir no puede
sin su amante esposa al lado,
y á quien la ausencia le trae
por cada minuto un año,
la voz del amor oyendo,
que ya le grita mas alto
que le gritó en la conciencia
su limpio honor castellano,
aprovecha el descontento
que nota entre los soldados,
les habla y tras si los lleva
el campamento dejando.

Y en aquella noche misma

en que abandonara el campo,
principia de aquesta historia
el verídico relato.

En clara noche de luna,
armado de todas armas,
al frente de cien ginetes
el bravo Farfan cabalga.

No camina en son de guerra,
ni proyecta una algarada,
las lanzas van en las cujas,
y en el arzon las adargas.
Sin embargo, del caudillo
la penetrante mirada,
en torno va registrando
cuanto con la vista alcanza,
que el campamenta está lejos,
y aunque es la noche bien clara,
es de temer de los moros
una traidora celada.

Y Farfan, que nunca al miedo
le diera abrigo en el alma,
siente un algo en él extraño,
y que explicarse no alcanza.

Tal vez cuando el campo deja,
y en él la lucha empeñada,
para buscar á su esposa,
del amor llevado en alas,
de su conciencia en el fondo
escuche una voz airada
gritarle, que aquí en el mundo,
traicion con traicion se paga.
Tal vez la vehemencia misma
de aquel deseo que le mata,
por verse pronto en los brazos

de su Leonor adorada,
haga que sin par camine,
temiendo dentro del alma,
que inesperado suceso
trueque en humo su esperanza,
¡Quién sabe! Ocultos misterios
son del alma enamorada,
lo que soñando despierta,
presentimiento se llama.

Farfan presiente y en vano
pretende ver lo que vaga
por su oscuro pensamiento,
que en pos de Leonor se lanza.
Solo sabe que al volverle
á su deber las espaldas,
corazon y pensamiento,
trabaron ruda batalla.

En tanto la noche vuela
del tiempo sobre las alas,
en el espacio la luna
rueda cual globo de plata,
el manto azul de los cielos
bordan estrellas de nácar,
y el universo es un himno
que el silencio hasta Dios alza.

Farfan, la mirada inquieta,
de su tropa al frente marcha,
investigando el terreno
como avisor atalaya.
Al trote va atravesando
por la vega dilatada,
mas ¡alto! grita de pronto,
y el caballo en firme pára,

pues vé asomar á lo lejos
y que á su encuentro adelanta,
con muy levantado paso
numerosa cabalgada.

No acierta lo que ser puede
aquella tropa bizarra,
en cuyos cascos la luna
quiebra sus rayos de plata.

Y al par los que vienen, viendo
aquella hueste parada,
se temen algun peligro,
y recelosos avanzan.
Mas cuando cerca estuvieron,
tambien á su vez se páran,
y las espadas requieren
tras de embrazar las adargas.

Suspensos breves instantes,
en resolverse no tardan
y de ambos opuestos grupos
los caudillos se destacan;
y cuando el uno y el otro
han borrado la distancia
que media entre los ginetes
que sus órdenes aguardan;
cuando sus rostros se acercan,
y se cruzan sus miradas,
la misma luna se asombra,
al mirar sorpresa tanta.

—¡Farfan!—¡Leonor! —son los gritos
que al par sus labios exhalan,
mientras que en estrecho abrazo
confunden ambos sus almas.

Hay momentos en la vida,

de tal placer, dicha tanta,
que es imposible explicarlos
por medio de la palabra.
De aquellos dos corazones
que ya juntos palpitaban;
de aquellos dos pensamientos
que en su centro se encontraran;
de aquellos labios que puros
castos besos se regalan,
nada en el fondo penetra,
sino de Dios la mirada.

Pasados ya los momentos
de fascinacion, que embarga
á los dos tiernos esposos,
robándoles la palabra,
Farfan la toma, y le dice
á su esposa: —Tras mi alma
que eres tú, hácia Toledo
mis pasos encaminaba.
Vivir sin tí es imposible,
y por verte, esposa amada,
como dejé el campamento,
el mismo cielo dejara!
Esto diciendo, gozoso
con frenesí la estrechaba;
mas apenas pronunciado
hubo la última palabra,
cuando Leonor, de sus brazos
violentamente se aparta,
y con acento severo,
y centellante mirada,
apareciendo mas bella
á medida que se exalta,



—¡Bien está, Farfan,—le dice,—
el campamento dejais,
y en pos de mi amor volais!...
otro tanto por vos hice;
pero tened entendido
que si corrí por mi amor,
no dejé mi limpio honor
trás de mí roto y perdido.

Cuando estais en guerra santa,
cuando nuestra pátria gime,
del invasor que la oprime,
bajo la potente planta;
cuando por Dios batallais,
y á vuestra pátria os debeis,
tras de vuestro amor correis,
y el deber abandonais;
¡por mi fé! si tal pensara
de mi esposo al ir en pós,
ni aquí viniera trás vos,
ni aun en Toledo aguardara.

Vuestro corcel aguijad,
id vos á Toledo, sí;
mas dejad la espada aquí,
y allí mi rueca empuñad;
que quien dá al olvido, aleve,
lo que cumple á un caballero,
es mengua que el limpio acero,
pendiente del cinto lleve.

¿Cómo pudisteis pensar
que al pisar vuestro deber,
os fuera vuestra mujer
en sus brazos á estrechar?

¡Por Dios, que habeis olvidado
que al casar con caballero,
muerto con honra lo quiero,

y no vivo y deshonrado!

De mi amor el gran tesoro,
cuentas pide á vuestro honor;
no puede tenerme amor,
quien la espalda vuelve al moro.

Y no digais, por mi fé,
que á tanto mi amor obliga,
sino quereis que maldiga
amor que tanto adoré.—

Esto Leonor dijo en tanto
que con la frente inclinada,
y ademan turbado y triste,
el buen Farfan la escuchaba.

Despues á los cien ginetes
que á poco se le acercaran,
con acento aun mas severo,
les dirigió estas palabras.

—Y vosotros, que de Dios
no batallais en el nombre,
y correis sin que os asombre,
de vuestra deshonra en pos;
vosotros, que sin luchar
por vuestra pátria oprimida,
vais á esconder vuestra vida
en el fondo del hogar;
al hallaros en él fijos,
¿qué direis cuando una madre,
con voz que el pecho taladre,
os pregunte por sus hijos?

¿Qué respuesta le dareis
cuando perdida la calma,
por las prendas de su alma
os pregunte? ¿No sabeis?

Y solícita al venir

por su hermano á preguntar
la hermana, ¿podreis pensar
lo que le habeis de decir?
Y, ¿qué direis al anciano,
que trás sus males prolijos,
á luchar mandó sus hijos
bajo el pendon castellano?

Y cuando todos ansiosos
los deudos que allí teneis,
os pregunten si volveis
vencidos ó victoriosos,
¿qué responderéis? ¡ah! ¡ya!
callareis como callais,
pues antes que respondais,
la vergüenza os matará.

Idos, ya que os atrevisteis
á cargar con tal mancilla;
¡pero que ignore Castilla,
que sin luchar os volvisteis!

¡Corred de mi esposo en pos,
idos pues, Farfan espera,
volved la espalda á Antequera,
olvidando pátria y Dios!

Yo, de ambas cosas en nombre,
y de castellana á fuer,
con el vuestro y mi deber
sabré cumplir, no os asombre.

—Eso no,—gritó Farfan,—
de nuestro deber en pos,
iremos do vayais vos,
con ardiente y vivo afan;
que si pude en mi agonía
por veros, desesperado,
haber un punto olvidado
lo que á mi raza debia;

si pude en mi loco amor,
que es ardiente frenesí,
mi honor olvidar aquí
para buscaros, Leonor,
al escuchar vuestro acento,
rayo de verdad divina,
hácia el deber se encamina
mi torcido pensamiento,
recordándome que es
ante todo, lo primero
ser cumplido caballero,
amante esposo despues.

Y aunque trás de vos perdida
de amores vuela mi alma,
aunque sin vos no halle calma,
porque sois, Leonor, mi vida,
al verme de vos indigno,
os juro en nombre de Dios,
no acercarme, esposa, á vos,
hasta que de vos sea digno. —

—¡Ahora os conozco, Farfan!—
dijo Leonor, con acento
que revelaba el contento
de ver calmado su afan,
y añadió:—Corramos pues,
del campamento en demanda,
que el honor así lo manda,
y ley nuestra el honor es!—

Y á las palabras, la accion
uniendo, vega adelante,
para cruzarla al instante,
lanza al galope el troton.

Y en pos de Leonor, Farfan,
y los ginetes trás ellos,
de la luna á los destellos,

hacia el campamento van.

La noche en tanto, cabalga
sobre las horas que vuelan,
y tras la noche, la luna
por occidente se aleja;
vierte aljófares la aurora,
y en el cielo las estrellas
se borran, como recuerdos
que de la mente se alejan.

Bella la mañana asoma,
de la noche tras la huella,
y el mundo sus galas viste,
y á saludarla se apresta.

La vega su ténue manto
de blanco vapor desplega,
y los cerros y los valles
alzan sus ligeras nieblas.

Y vese un mundo que flota,
con el cual las auras juegan,
que al sentir del sol el rayo
veloz hacia el sol se eleva,
cual se elevan las plegarias
hasta Dios, si fé sincera,
con sus rayos las alumbra,
y con su calor las templea.

Su fantástico vestido,
el mundo en las sombras deja,
y á la luz del nuevo día,
forma y color recupera.

Ya el peñasco no aparece
de atalaya torre enhiesta,
ni en el árbol se dibuja
gigantesco centinela.

Ya de quien la noche teme,

la faz se torna serena,
que la luz del nuevo día
presta á todo vida nueva.

Ya el soldado que pasára
sobre las armas, alerta
la noche entera velando
del campamento las tiendas,
aunque no conozca el miedo
allá en el alma se alegra,
de ver pasadas las horas,
que tan largas son, de vela.

Y oye el toque de diana,
con faz alegre, risueña,
pues traiciones no le aguardan,
ni asechanzas ya le esperan;
que del sol bajo los rayos
los traidores no se albergan,
ni son de temer de día
emboscadas ni sorpresas.

Del campo á lo lejos, tiende
su mirada satisfecha,
y espesa nube de polvo
vé, que de prisa se acerca.

Ginetes son que á galope
adelantan por la vega;
que no son moros distingue,
mas prepara la ballesta
y á reconocerlos parte,
con faz altiva y serena,
sin que el número le imponga,
ni estar solo le detenga.

Cercanos ya, los conoce,
son amigos, la ballesta
desarma, y el paso libre
á aquellos ginetes deja.

Sabedor que fué el infante
de que al campamento llegan,
los que á favor de la noche
como traidores desertan,
quiere tan grave delito
castigarlo con dureza,
y ordena que al punto acuda
Farfan ante su presencia.

Leonor le acompaña, y ambos
al penetrar en la tienda,
de todo lo sucedido
al noble infante dan cuenta.

Y aunque muy duro y severo
en un principio se muestra,
el amor de ambos esposos,
su juventud, y las pruebas
que Farfan ya tiene dadas,
de valor y de nobleza,
hacen que disculpa encuentre,
y se rinda á la clemencia.

Piensa además, (y al pensarlo
su grandeza de alma prueba,
pues pensamientos sublimes
en almas grandes se albergan,)
que el noble que cometiendo
una falta, la confiesa,
con la confesion tan solo,
harto castigado queda.

Nada del tiempo detiene
la veloz continúa marcha,
con la cual pasa por todo,
al par que todo se pasa.

Pasaron quizá seis meses
des que el infante llegára,

de la moruna Antequera
hasta el pié de las murallas.

Seis meses que puso cerco
á la villa codiciada,
y que impaciente suspira,
ganoso de conquistarla.

Seis meses que vá contando
las horas que lentas pasan;
que el deseo no satisfecho,
y la intranquila esperanza,
trás de ser tormentos crueles,
son los que el tiempo agigantan,
logrando que la impaciencia
se posesione del alma.

A par del infante, todos
los que en el cerco se hallan,
de impaciencia están sobrados,
y motivo no les falta,
pues quien en la guerra vive,
y en la lid su pecho ensancha,
es imposible se avenga
ociosa á tener la espada.

Y aquel reposo violento,
la inaccion involuntaria
en que viven, de tal modo
en sus corazones labra,
que todos tristes, callados,
por el campamento vagan,
como sombras silenciosas
por un conjuro evocadas.

Y en silencio y en tristeza
sumidos, los días se pasan,
aguardando al que realice
sus ardientes esperanzas.

Llegó por fin, que del tiempo
en la inacabable marcha,
vienen á compás los días
con exactitud que pasma.

Llegó aquel de Santa Eufemia,
y al despuntar la alborada,
con sus reflejos de oro
y sus vapores de grana,
del campamento partiendo
como férvida plegaria,
raudo un grito de alegría
el viento llevó en sus alas,
á herir el alma del moro,
oculto trás sus murallas.

Al grito aquel sucedióle
animacion desusada:
todos corren, todos rien,
hablan todos, todos cantan,
todos recogen sus tiendas,
requieren todos sus armas,
y con alegre entusiasmo
todos al infante aclaman.

Y es natural el contento
que tantos pechos dilata,
pues llegaron las bastidas
por D. Fernando esperadas,
y con ellas, el momento
de realizar la esperanza
que de conquistar la villa
por tanto tiempo abrigaran.

Ya del anhelado asalto,
muy pronto será llegada
la hora que por tanto tiempo
los corazones ansiaban.

Ya los bravos capitanes

su diestra gente preparan,
y los arietes acercan,
la bastidas adelantan,
y las rodela previenen,
y disponen las escalas.

Se multiplica el infante,
y con rápida mirada
lo abarca todo, lo observa,
y en todas partes se halla.

Ya está todo preparado,
y la señal solo falta
para que se lance al muro,
cual destructora avalancha
la numerosa falange
de cristianos, cuyas almas
á Dios ya se encomendaron,
en silenciosa plegaria.

Cual tigre que encadenado
la presa mira cercana,
y fiero pugna por verse
libre para devorarla;
cual el rayo que escondido
va sobre la nubê parda,
y espera anhelante el choque
que de la nube lo lanza,
tal los bravos sitiadores
que al asalto se preparan,
esperan dejar el puesto
donde la señal aguardan.

Ya sonó. Ya del clarin
el agudo y limpio acento,
lo lleva rápido el viento,
del campamento al confin.

Y es de oír, cuando el sonido
veloz el eco se lleva,
aquel clamor que se eleva
sobre el aire estremecido.

Clamor que cruza potente
como un cántico de guerra,
desde la asombrada tierra,
hasta el cielo refulgente.

Y es de ver, cada guerrero
como en su valor seguro,
en el asalto del muro,
pretende ser el primero.

¡Vedlos allí; todos van
trás de alcanzar la victoria!
Con ellos, en pos de gloria,
va Leonor, junto á Farfan,

Como nube tormentosa
que mil rayos de sí lanza;
como mar que se derrumba
en inmensa catarata;
como embravecido crater,
que arroja mares de lava;
como terremoto horrible
que desquicia y desencaja,
y destruye y aniquila
cuanto recorre su planta,
así fué de poderosa
cuando la señal fué dada,
la embestida de los bravos,
al lanzarse á las murallas.

Espesas como el granizo,
flechas el moro arrojaba,
y los nuestros devolvían

de sus ballestas las jaras.

En tanto, los rodeleros
sobre sus cabezas alzan
las rodelas, y hasta el muro
se acercan así á mansalva.

Donde una grieta se encuentra,
allí unas manos se agarran,
y si aquellas desfallecen,
otras ciento se levantan.

Y no hay hueco, aunque pequeño,
ni piedra que descarnada,
no tenga dentro una mano,
ó soporte alguna planta.

Los moros, desde allá arriba
desesperados batallan;
como fieras se defienden,
piedras, dardos, flechas lanzan.

Del uno y del otro bando,
crece el furor y la rabia,
y las heridas, las muertes,
cuéntanse por las hazañas.

Y aunque el cristiano pelea
con notable desventaja,
en su heroísmo se escuda,
como trás doble muralla.

Y sigue, sigue adelante
sin importársele nada,
ni del que á su lado muere,
ni de quien la flecha lanza.

El angel del estermínio,
bate allí sus negras alas,
y desolacion y muerte
en pos de su vuelo arrastra.

Ya de Farfan los soldados,
al pié de torre almenada,

llegaron y con presteza
al muro arriman la escala.

Mas no bien la hubieron puesto,
cuando veloz cual la jara,
que al partir de la ballesta
al ciervo se le adelanta,
por ella, Leonor subia
llevando dentro del alma,
el valor, para la lucha,
para vencer, la esperanza.

En vano Farfan pretende
detenerla, ¡empresa vana!
no retroceden los héroes
cuando la gloria los llama.

Entonces, ansioso corre,
trás de su huella se lanza,
y con ánimo intranquilo
trepa á su vez por la escala.

Cuando ya Leonor, tocando
á las almenas se hallaba,
Farfan se encuentra muy cerca,
corto trecho los separa.

En ese instante supremo,
ella á la almena se abraza,
para poder á un empuje
fijar su pié en la muralla;
mas ¡ay! que la gente mora
jamás de perfidias harta,
de aquella torre tenia
las almenas degolladas,
y de Leonor con el peso
pierde pié la que abrazára,
y trás ella se derrumba,
que cayéndose de espaldas,
sobre Farfan rebotando,

en su caída lo arrastra,
llegando los dos esposos
á lo profundo, sin alma.

Cadáveres ambos, yacen
al pié del muro y la escala,
senda por la cual llegaron
hasta el templo de la Fama.

Siglo trás siglo allí viven,
que en vano los siglos pasan
sobre el nombre del que muere
por su Dios y por su pátria.

En tanto, sigue la lucha,
sangrienta, desesperada,
y en el muro, y en las torres,
cuerpo á cuerpo se batalla...

.....

Despues, cuando el sol declina,
cuando sus rayos apaga,
sobre el muro de Antequera
flota la enseña cristiana.

Hasta aquí llega la historia
que prometí relataros,
si ha podido interesaros,
conservadla en la memoria,
pues páginas son de gloria
que en los siglos vivirán,
y por siempre brillarán
cual brilla el sol en la esfera,
la conquista de Antequera,
y la esposa de Farfan.

PELAR LA PAVA

POESÍA DEL SEÑOR DON CRISTÓBAL DOMINGUEZ

PREMIADA CON ACCÈSIT.

Las costumbres forman leyes.

INTRODUCCION.

Si llegan á formar leyes
las costumbres que son rancias,
ley es, sin que ofrezca duda,
por los tiempos sancionada,
esta de hablar con las novias
los pollos en la ventana,
á lo cual los andaluces
llamamos pelar la pava.
Ley que todos los gobiernos
y en todas las circunstancias
respetaron, y aun respetan
y que los pueblos acatan.

¿Será por lo conveniente?
¿Tal vez por lo necesaria?
¿Quizá por lo divertida?
Despues podremos juzgarla.
Siento no poder deciros
de donde ó de quien dimana;
pero por mas que he buscado
con afan, y hasta con ansia,
algunos antecedentes
que me sirvieran de pauta,
ni un indicio encontrar pude
que su autor me revelara.
Ya comprendéis mi objetivo,
y aunque ese dato me falta,
procuraré presentaros
dos personas que se aman;
que una es él, y la otra ella,
que él es Pedro, que ella es Clara,
y que asisten á una reja
á tejer una casaca.
Dispensad, pues, el estilo
sencillo, de mis palabras,
que média una Clara en esto
y estoy por las cosas claras.
Este es el tema, señores,
que elegí por mi desgracia
en estos juegos florales,
pues no hay empresas mas árduas
que las en que médian ellas
si estas ellas tienen faldas.
Mas no habiendo otro remedio
que el de echar el pecho al agua,
al cigarron imitando
que no sabe á donde salta,
os presentaré en tres partes

la manera de pelarla.
Primera, con agua hirviendo;
segunda, en seco, sin agua;
y la tercera al vapor
con fuerza de ochenta pavas;
indicada está la idea,
veré si puedo esplanarla.

Pelar la pava es un mal,
ó al menos un mal sistema;
por eso le temo al tema
que tomé del animal.
Si falta un grano de sal
resulta soso el guisado,
con un grano más salado,
ya veis si el tema es temible,
con todo, haré lo posible
por que salga sazonado.

Al tratar esta materia
entro, señores, con miedo;
y á la verdad no es extraño,
no es materia para viejos;
es asunto para pollos
que estén en la pela al pelo,
y yo cuento cinco lustros
de no pelar ni un jilguero.
Tengo, pues, que referirme
á no muy cercanos tiempos,
y allegar á mi memoria
mis ya pasados recuerdos,
y lo antiguo está en desuso,
lo que impera es lo moderno.

Ignoro los adelantos
que introdujera el progreso
en este asunto, y ya veis,
es un embarazo nuevo.
Pero teniendo presente
que el mas antiguo guerrero
al empezar la batalla
siente lo mismo que siento,
temor que desaparece
luego que empiezan los fuegos,
basado en esa esperanza
entro de lleno en mi objeto.
Fíguraos que en una noche
de esas oscuras de invierno,
en que la lluvia es tan fuerte
cuanto mas la azote el viento,
sale un jóven de su casa
recatado y con misterio;
que embozado hasta los ojos,
sobre cejas el sombrero,
de charco en charco camina
sin que se aperciba de ello,
pues en una reja baja
tiene fijo el pensamiento
que antes llegara volando
en alas de su deseo.
Vedle llegar á la cita,
y no encontrando á su dueño,
silba, espera, tose, escupe,
vuelve á silbar, dá un paseo,
saca un cigarro, lo enciende,
se apaga, vuelve á encenderlo,
y todo sin que la vista
separe un punto del cierro,
donde espera ver con ansia

el mas leve movimiento.
¿Alguna vez habeis visto
cazar la perdiz en puesto
en el celo de la hembra,
y entrar un macho con celo
que en pos del tierno reclamo
se lanza veloz y ciego?
Pues de ese modo, mas vivo,
con mas afan, mas ligero,
vase el jóven á la reja
al recibo de un seseo.
Cual declina el tren en brios
al pasar falsos terrenos,
así mi valor se apoca
al ver en la reja á Pedro;
que es un terreno, señores,
tan inclinado y expuesto,
que ha de pintarse ó muy débil
ó dar con el santo al suelo;
pero es preciso, adelante,
haré solo el esqueleto,
atravesando despacio
por este resbaladero,
que no siempre el que mas corre
es el que llega mas presto!
¿Qué veis? un jóven afuera,
una chica hermosa adentro;
oscura la noche, solos,
enamorados y... pero.....
(¡Qué falta este pero hacia!
nunca llegó mas á tiempo)
divididos, separados
por fuerte malla de hierro.
¡Espectáculo admirable!
¡Qué magnífico terceto!

¡Qué contraste tan sublime
en tan reducido trecho!
Y en tal estrechez, ¡qué campo
se presenta tan estenso
para otras mejores plumas
que la presa entre mis dedos!
Quisiera me dispensasen
de tocar este bosquejo,
que para las ricas tallas
de acreditados maestros,
el mejor trage de adorno
es el que las deja en cueros.
Mas... ¿qué se dirá? adelante,
¡qué diablo! ¿quién dijo miedo?
Dejamos en la ventana
hablando con Clara á Pedro,
pues no tuviera cabida
á su llegada el silencio;
y Pedro, ventana y Clara
unidos, y á un mismo tiempo,
á un objeto se dirigen,
ya os dije atrás el objeto;
pero es lo raro del caso,
que estando los tres de acuerdo,
piensan de distinto modo
y van por camino opuesto.
Pedro avanza, Clara huye,
la reja contiene á Pedro,
acerca despues á Clara
y siguen los tres tegiendo.
No se inventa, es imposible,
un cuadro mas novelesco,
ni de perfil mas jocoso,
ni de frente mas severo.
Terminada ya la broma,

que no otro nombre dar debo,
ni es de extrañar entre pollos
que solo piensan en juego;
hay sus cambios de sortijas,
vuela el rizo del cabello
que el amante encaracola
y encierra en su guardapelo;
por donde va el abanico
el retrato vuelve luego
que por otro se cangea,
y nunca falta un pañuelo
con iniciales marcadas
en uno de sus extremos,
y en pelo bordadas letras
en las que se lee: recuerdo.
Y se dan sus dulcesitos,
por supuesto, dulces secos,
que suelen ser... la carnada
donde se oculta el anzuelo,
razon por que los comparten
al punto de ir á comerlos.
Y hay quejas, esplicaciones,
médián ofertas, hay celos,
y entre ofertas, celos, quejas
y esplicaciones, requiebros.
Y flores mil sin espinas,
y con ellas pensamientos,
y en confites de panales
aguijones con veneno.
Y hay otras cosas... que ignoro,
y hay otras... que no recuerdo,
y otras muchas que suprimo...
es decir, que me reservo
por temor de que me digan...
basta, que ya las sabemos;

y por que se me figura
que han de adjudicar el premio
al que invente decir mas
y consiga decir menos;
por que es un tema tan raro,
meréceme tal concepto,
que ser el mejor pudiera
el trabajo menos bueno;
el que menós lo analice,
el que lo deje en bosquejo
ó el que haga caso omiso
de sus mas floridos hechos.
Allí se encuentra de todo,
él constituye un compendio
de lo mejor y mas malo,
lo mas jocoso y mas serio.
No creais exagerada
mi pintura, no exagero,
como lo siento lo digo,
lo que dije lo sostengo,
y lo que sostengo y dije
cuando gusten se lo pruebo.
¿Quereis ver el Oceano?
allí mismo podeis verlo,
y considerar sus olas
que avanzan por dar un beso
á las vírgenes arenas
que nunca besar pudieron,
y cuán tristes retroceden
ante la valla de hierro
que fuerte al par que invisible
Dios marcara con su dedo.
¿Quereis pasar al teatro
portátil del extranjero
y ver al coronel ruso?

pues fijad la vista en Pedro;
allí le teneis, miradle,
no hay mas diferencia en ellos,
que estar este en mas peligro
ó el otro menos expuesto.
¿Quereis ver el purgatorio?
pues nada, ya lo estais viendo.
No es otra cosa la reja
que hace arder en vivo fuego
al enamorado jóven,
que á la vista de su cielo
con ansia sus brazos tiende,
queriendo alcanzar con ellos
toda la dicha á que aspira
y que le niegan sus hierros.
Ya sabeis que el cielo es Clara;
si quereis ver el infierno,
es la puerta que da paso
á la seccion de los suegros,
nueras, yernos y cuñadas,
que es el primer pavimento
de aquel lugar de martirio;
no hay mas que pasar adentro.
Si quereis ver un fielato
de puertas, para el impuesto,
donde lo ilícito pasa
como de libre comercio,
en la pela le teneis;
que es un fielato de adeudo
en donde no se respeta
ni edad, ni clase, ni sexo,
pues todos llevan repaso
por via de entretenimiento.
Si hay alguno que desee
ver algo mas, que alce el dedo;

que este cuadro dá materia
 para todos los deseos.
 ¿Os agrada la lectura
 de periódicos? pues bueno;
 allí teneis «El Cronista»,
 «La Correspondencia», «El Tiempo»,
 «La Política», «La Epoca»
 y otros mas que no recuerdo,
 que no darán mas noticias
 que las que dá Clara á Pedro,
 de esas que á nadie interesan;
 ni hilvanarán mas enredos
 que Pedro le hilvana á Clara;
 ni dirán mas desaciertos
 que se dicen uno al otro
 con mas intencion ó menos,
 Ya veis, de todo se encuentra
 en este cuadro estupendo;
 que la pela de la pava
 es un completo museo,
 en donde admirar podeis
 lo temporal y lo eterno.

.

En tres clases se divide
 la sociedad de los pueblos;
 clase alta, clase baja
 y la que descrita llevo.
 Que ninguna de estas clases
 sin el auxilio benévolo
 de las otras dos, no puede
 vivir, es principio eterno.
 Esto me incita á pintaros

las restantes que atrás dejo,
que quiero verlas unidas
ya sea siquiera en mis versos,
y en sentido progresivo
marchar todas tres de acuerdo.
Entro en la clase elevada.
Ved la novia en alto cierro,
y á él de pié sobre la calle
una pared sosteniendo,
con su gran puro en la boca,
sobre la espalda el sombrero,
pies cruzados, frente erguida,
dando elástico á su cuello,
como si con él quisiera
llegar á su amado objeto.
Este modo de pelarla,
que es al que le llamo en seco,
da mas tardos resultados
que el primero al agua hirviendo.
Las flores llegan marchitas
sobre no llegar á tiempo,
y de la voz de aquel ángel
que tiple la considero
á la vez que grata y dulce,
apenas si llega un eco;
que desde el cierro á la calle
hay de distancia seis metros,
y el espacio necesita
tomar para dar al viento.
No negaré que al fin logren
ver cumplidos sus deseos,
pero cuando lo consiguen
tienen ya cano el cabello.
¿Quereis ver la clase baja?
pues bajad la vista al suelo.

Allí los vereis tendidos
ambos, á tiro de aliento,
que por bajo de una puerta,
y por un claro pequeño,
que si bien sale un suspiro
no caben entrar dos dedos,
sus vapores condensando
pronto surten sus efectos,
y en un santiamen la pelan
llevándolo todo á hecho;
el como se las componen
es lo que yo no comprendo,
solo diré que no he visto
nunca, unos torpes mas diestros.
¿Quereis ver los resultados
y diferencia entre ellos?
Segun estado curioso
que en mi despacho conservo,
están en la proporcion
del pez cogido en anzuelo;
para cada uno de quilo
caen cincuenta y dos de medio,
y quinientos treinta y seis
de la clase de pequeños.
Voy á terminar, señores,
no quiero ser mas molesto;
pues sospecho que haya algunos,
y algunas, que estén diciendo
á la vista de este cuadro
pintura de antiguos tiempos:
¡Pues hay poca diferencia
de aquellos tiempos á estos!
¡Vaya si habrá quien lo diga!
desde aquí los estoy viendo;
pues nada, que os aproveche,

que á mí ya ni estos ni aquellos.
El pelado de la pava
es camino de un objeto
que la constancia consigue
tarde mas ó tarde menos.
Un arrecife muy llano
de lindas flores cubierto,
con aromas que embriagan
hasta el punto de embeleso;
mas cuando el hombre se cree
estar camino del cielo,
y aglomerando esperanzas,
entre ilusiones envuelto,
sigue aquella grata senda
nueva ilusion concibiendo,
nueva esperanza abrigando,
formando nuevos proyectos
al terminar su arrecife
y pisar nuevo sendero,
caten ustedes que enrisca
en áridos vericuetos:
que el fin de aquel paraiso,
de aquel eden tan ameno,
es un bosque de asperezas,
un torcal como este nuestro,
donde si bien entrar sabe
á salir no acierta luego;
y adios, vanas esperanzas,
ilusiones y proyectos;
que cuando gozar pretende
de su ideal lo mas bello,
le sucede lo que á todos
los que ven aquel soberbio
panorama de figuras
y fantásticos objetos;

que á la vez que mas se acerca
mas sus formas van perdiendo,
y al llegar tan solo ven
que no ven lo que antes vieron.
No me detengo en la causa,
juzgo el tema por su efecto,
y en mis versos anteriores
creo que juzgado le tengo.
Comprendo que esto os disguste,
señores, mucho lo siento;
no es disgustaros mi idea,
el tema me obliga á ello.
Hay que describir el cuadro,
hay que analizar los hechos
y hay que juzgarlo, ya veis,
no me queda otro remedio.
Si algun culpable resulta
ese no debo yo serlo,
pues tengo que concretarme
á lo que exige el prospecto,
si he de poder aspirar
á meritorio de un premio.
Aquí teneis al Jurado,
si ellos aprueban mis versos,
y estos á ustedes disgustan
entiéndanselas con ellos.

HEROISMO DE ANTEQUERA

CANTO EPICO.

POESÍA DEL SR. D. FRANCISCO DEL POZO GALLARDO

PREMIADA CON ACCÈSIT.

¡Guerra! gritó ante el altar.
El sacerdote con ira:
¡Guerra! repitió la lira,
Con indómito cantar.
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando: ¡venganza y guerra!
Bernardo Lopez Garcia.

No canto de Fernando la memoria
Que vivirá en el mundo eternamente,
Ni canto la magnífica victoria
Que de verde laurel ornó su frente:
Yo canto los loores y la gloria
De la heróica Antequera prepotente,

Que mil veces la muerte despreciara
Y su nombre en la guerra eternizara.

Y tú Señor, que en la celeste altura
Contemplas de sus hijos la grandeza;
Tú que al par que evangélica dulzura
Dísteles á sus pechos fortaleza,
Dale á mi acento grata galanura,
Ayúdame á cantar su gran proeza,
Presta á mi alma inspiracion divina
Y mi mente oscurísima ilumina.

Que al través de los siglos trascurridos,
Contemplo el rebramar de la batalla
Y miro á los cristianos atrevidos
Asaltar la granítica muralla.
Contemplo los adarves derruidos,
Por el rudo chocar de la metralla (1)
Y miro el resplandor de mil hogueras,
Que ayudan á Fernando y sus banderas.

Después en la muralla colocarse
La santa enseña de Jesús divino,
Y en sus giros al Africa inclinarse
Señalando á los moros su camino.
Contemplo al agareno refugiarse
En el risueño campo granadino,
Donde un resto menguado de fortuna
Protege á la nefanda media luna.

Que un valeroso intrépido caudillo,
Guerrero experto y generoso infante,
Blandiendo su mortífero cuchillo

(1) Historia del Padre Fernandez, página 160.

Venció al muslime fiero y arrogante.
Gloria de Cristo, de la España brillo
Do quiera su poder llevó triunfante...
El moro astuto, de terror temblando,
Siempre temió á la espada de Fernando.

El conquistó la mora fortaleza
Asaltando sus altos torreones;
El abatió del moro la fiereza
Venciendo del Profeta los pendones;
El infundió el valor y la grandeza
A aquellos aguerridos campeones,
Que blandiendo con furia el hierro insano,
Llenaron de terror al mahometano.

A Alcarmen el alcaide rudo y fiero,
Agareno despótico, iracundo,
Sucede Don Rodrigo, gran guerrero,
Valiente y esforzado sin segundo.
Caudillo experto, noble caballero,
Honor de España, admiracion del mundo...
A la fuerza potente de su maza
Confieren la defensa de la plaza.

Mas los moros, con odio rencoroso
No olvidan la muralla antequerana;
Ni el adarve gallardo y poderoso
Donde reina la lanza castellana;
No olvidan su palacio suntuoso,
Ni su gran fortaleza mahometana,
Donde por siete siglos habitaron
Y mil gloriosos triunfos alcanzaron.

Y recuerdan los dias de ventura
Pasados en la villa fronteriza;

De su clima la célica dulzura
Que la vida embellece y ameniza;
Del Guadalhorce la corriente pura
Que sus risueños campos fertiliza,
Y con furor é indómita fiereza
Contemplan la perdida fortaleza.

Al rudo grito de feroz venganza,
Que repiten los antros de la sierra,
De sangre avaro el árabe se lanza
A los azares de sangrienta guerra.
Empuña airado la pujante lanza,
No le detiene nada ni le aterra,
Llegando con furor horrible, insano,
Hasta el enhiesto muro Antequerano

Con presteza levanta Don Rodrigo
A sus fieles y bravos campeones
Y salen á batir al enemigo,
Con la furia y valor de los leones:
Huyen los moros del mortal castigo,
Abandonan cobardes sus pendones
Y cual tímida banda de palomas,
Trasponen de la sierra por las lomas. (2)

Ruge otra vez el moro embravecido
Al refugiarse en la gentil Granada,
Jurando con furor mal reprimido
Contra la santa Cruz, inmaculada.
Otra vez mas contemplase vencido
De los cristianos por la fuerte espada,
Que mil veces venciera á la fortuna
Derrotando á la infausta media luna.

(2) Historia del Padre Fernandez, capítulo XXIII, página 184.

Y de nuevo á la lid en son guerrero
Lánzase con denuedo y osadia,
Talando y destruyendo horrible y fiero
Los campos de la hermosa Andalucía.
Bajo el cortante filo de su acero
Cuanto se hallaba al paso sucumbia,
Y furibundo y rencoroso avanza,
Sediento de esterminio y de venganza.

Por donde pasa fiero su bandera
La muerte y el espanto va sembrando,
Y cual infame tropa bandolera
Va todo á su furor sacrificando,
Y pasa por la vega de Antequera
El botin y tesoros ostentado,
Producto del destrozo y la rapiña
Que hiciera destruyendo la campiña.

Pero otra vez sus hijos valerosos
Empuñando las armas bien templadas,
A la lucha se lanzan vigorosos
Contra fuerzas demas centuplicadas.
A la voz de «Castilla» impetuosos
Esgrimen contra el moro sus espadas,
Cual peloton de fieras rugidoras
Al frente de otras fieras destructoras.

No ensalzo de la lucha la memoria
Que aun nos cantan las auras de la vega;
Ni ensalzo la faustísima victoria
Que coronó al cristiano en la refriega.
Ante el brillante lauro de la gloria
Mi espíritu abatido se doblega
Y dejo á los cristianos esforzados,
Perseguir á los moros destrozados.

Que la cristiana espada poderosa
Al moro yatagan vencido habia
Y otra vez se ostentaba victoriosa
La enseña sacrosanta de María.
Y otra vez Antequera valerosa
Al fugitivo moro perseguia,
Que cual inmensa banda de chacales
Dejaban los espesos chaparrales. (1)

Loor eterno á la valiente villa,
Y honor á sus bizarros habitantes
Que las glorias insignes de Castilla
Aumentan siempre por doquier triunfantes.
Por la lealtad y celo sin mancilla
De sus gloriosos hijos arrogantes,
El nombre de ciudad fué concedido,
Galardon justamente merecido.

Y era la gran ciudad que allá en su altura
Sus elevadas torres ostentaba;
La ciudad que en nobleza y hermosura
A la gentil Granada no envidiaba;
La ciudad que con bélica bravura
«Por su amor» mil laureles alcanzaba,
Defendida por bravos caballeros,
Siempre en la lid sangrienta los primeros.

Años tras años con valor pasaron
Luchando con el bárbaro agareno,
Y laureles sin cuento conquistaron,
Abatiendo el orgullo sarraceno.
Mas fúlgidas y claras se ostentaron
Las delicias de un tiempo mas sereno,

(3) Historia del Padre Fernandez, capítulo XXIII, página 186.

Y el moro que desprecio solo inspira
A Granada cansado se retira.

Erase la estacion que en sus olores
Los ámbitos satura del espacio;
La estacion deliciosa en que las flores
Perfuman de las auras el palacio;
La estacion que presenta sus albores
Entre nubes de nacar y topacio,
Cuando Febo los cielos engalana
Presentando la fúlgida mañana.

De esa estacion el misterioso encanto
Por doquier con dulzura se ostentaba;
El pajarillo alegre con su canto
Las floridas praderas alegraba;
De blancas nubes el menudo llanto
Sobre las gayas flores se posaba,
Que á su fresco contacto sonreían
Y exhalando perfumes se entreabrian.

Esa estacion risueña y seductora
Estendia su manto sonriente,
Ostentando su faz encantadora
Purísima, radiante y esplendente;
Pero Belona fiera y destructora,
Envidiosa de un tiempo tan riente,
Contra Antequera su segur prepara
Y mil furiosos dardos le dispara.

El hórrido fantasma de la guerra
Su guadaña mortífera blandia
Sobre la fértil y envidiada tierra
Que el valiente cristiano defendia.
En la enriscada cumbre de la sierra

El pabellon del moro aparecia,
Amenazando luchas y quebranto,
Desolacion, miseria, luto y llanto.

Mas de Castilla el régio soberano
Intenta amancillar su egregia gloria,
Ordenando al bizarro antequerano
Que eche un borron sobre su limpia historia.
Que entregue la ciudad al mahometano
Es voluntad del rey perentoria...
Pero un pueblo tan noble y arrogante
Rechaza proceder tan humillante.

Que seguro confia en la destreza
Con que las armas blande valeroso
Y perecer prefiere con nobleza,
Antes que dar un paso vergonzoso.
El pueblo que mil veces la fiereza
Abatiera del moro belicoso,
Antes que postergarse en su arrogancia
¡Prefiere ser Sagunto ó ser Numancia!

Unense sus guerreros esforzados
De las trompas guerreras al sonido,
Y son sus pabellones tremolados,
Proyocando al muslime enfurecido.
Y viéronse sus muros coronados
Por su ejército fuerte y aguerrido...
Y el gran Ocon indómito y valiente
Lanzó de guerra el grito prepotente.

Grito estridente, fiero y tremebundo,
Cuyos ecos llegaron hasta el cielo,
Y tornando otra vez á nuestro mundo,

Al cristiano sirviele de consuelo;
Grito furioso de valor profundo.
Que hizo temblar el sarraceno suelo;
Grito esforzado de valiente saña
Que retumbó en los ámbitos de España.

Al eco ronco de tan fiero grito
De la sierra los antros retumbaron;
El castillo y el muro de granito
Tambien á su sonido retemblaron.
Y llegó á la region de lo infinito,
Angeles y querubes lo acataron,
Y en su abono la santa Providencia
Fulminó contra el moro la sentencia.

En el ronco mugir de la batalla
El guerrero cristiano se recrea,
Y su indómito pecho fiero estalla
Al hórrido crujir de la pelea.
Para poner al moro fuerte valla
El corazon cristiano allí se emplea...
Que antes que mancillar su altiva frente
Luchando morirá como valiente.

Y contestan al rey Don Juan Segundo,
Que nunca al moro entregarán la plaza
Y que ejemplo darán á todo el mundo
De valor, despreciando su amenaza.
Pues ya el cristiano bélico, iracundo,
Empuña airado la pujante maza
Y en las sangrientas lides al batirse,
Sabe morir primero que rendirse.

Otra vez de Castilla el rey envia
Ordenes terminantes al cristiano,

Y otra vez imperioso les decía
Que cedieran la plaza al mahometano.
Y si siguen su empeño y osadía
Desoyendo á su mismo soberano,
Su régia proteccion les retiraba
Y socorros y auxilios les negaba.

Pero otra vez rehusa el de Antequera
Con tan negro borron manchar su frente,
Y otra vez enarbola su bandera,
Con valor y denuedo prepotente.
Y lleno de ardimiento, sin espera,
Fiero á la lucha lanzase imponente,
Que el miedo en sus bizarros corazones
No existe defendiendo sus pendones.

Los elevados muros se coronan
De valientes guerreros esforzados,
Que en la fiera contienda se amontonan
En contra de los moros porfiados:
Y los clarines bélicos pregonan
La guerra con sus sonos destemplados,
Y furibunda crece y se prolonga
La lucha que empezara en Covadonga,

El anciano y el jóven confundidos,
Todos esgrimen el acero duro,
Y todos valerosos y atrevidos,
Defienden con ardor el pátrio muro;
Y sus pechos honrosos y aguerridos,
¡Guerra declaran al muslime impuro,
Hasta que allá, en las torres de Granada,
Se coloque la Cruz inmaculada!

Mas pasan dias y pasaron años



De miseria de luto y desconsuelo,
Y el cristiano en sus duros desengaños
No abandonaba el defendido suelo;
Y mil veces rechaza los amaños,
Que el moro porfiado con anhelo
Hace por conquistar los torreones
Y elevar los musulmicos blasones.

Pero un día feliz de gran memoria,
En la florida vega se escucharon
Los gritos halagüeños de «victoria»
Que los cristianos con ardor lanzaron.
Gritos que á la mansion de eterna gloria
Cual nubes vaporosas se elevaron,
Y con acentos dulces y sonoros
Repitieron de arcángeles los coros.

El cristiano valiente en su pujanza,
A los moros ataca duro y fiero,
Batiéndose feroz lanza con lanza
Y cruzando el acero con acero.
Corre la sangre, crece la mantanza,
El moro cede y queda prisionero,
Y el resto fugitivo y desbandado
Hacia Granada corre despechado. (1)

De Antequera los campos tan frondosos
Del musulman seguros ya se vieron,
Y otra vez sus rebaños numerosos

(1) Historia del Padre Fernandez, capítulo XXVII, página 221.

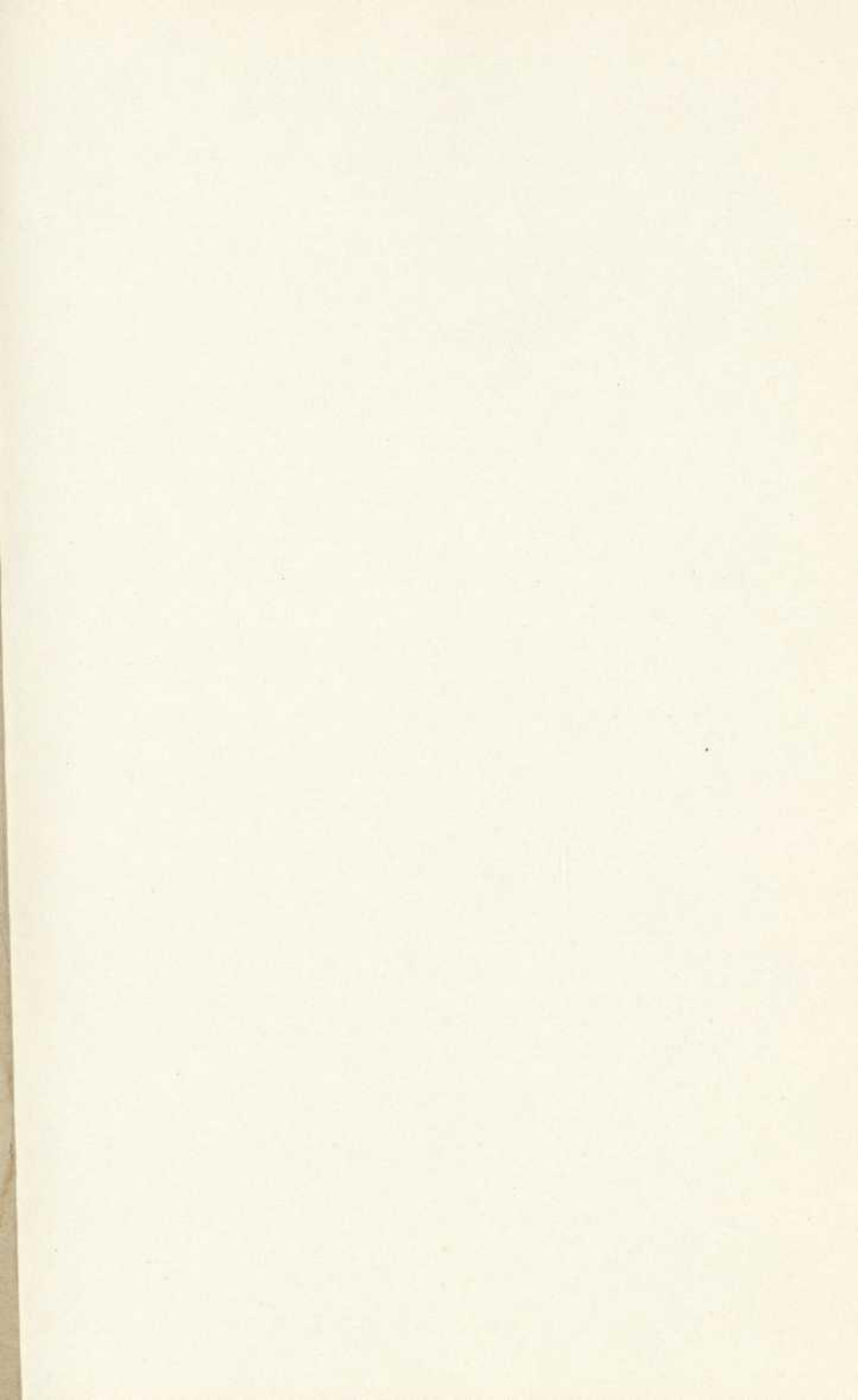
Rechazados los infieles de Antequera cayeron sobre los campos de Estepa y Sierra de Yeguas destruyéndolo todo; pero reunidos don Rodrigo Ponce de Leon y don Luis de Pernia derrotaron completamente al príncipe Albohacen que mandaba las tropas granadinas, libertando á estos contornos de las correrías sarracenas.

A pacer en sus términos volvieron.
De la ciudad los hijos valerosos
Al campo libre con placer salieron,
¡Después de mil funestos desengaños
En una lucha de sesenta años!

Que del muslime osado la fiereza,
La bárbara venganza y osadía,
Del castellano ante la gran proeza
Con cobarde temor cesado había.
Ceñida de laureles y grandeza
Antequerana triunfante aparecía,
Que en su defensa nobles y pecheros
Se portaron cual bravos caballeros.

Hidalgos y aguerridos combatientes,
Honor y gloria del hispano suelo,
La fama de sus nombres reverentes
No ocultará del tiempo el denso velo.
A ocupar la mansion de los valientes
Volaron sus espíritus al cielo...
Que esa de Dios magnífica morada
Por su cristiana fé fué conquistada.

Pues llenos de fé pura rechazaron
Al agareno cauteloso y fuerte,
Y honrosos y valientes despreciaron
Los hórridos suplicios de la muerte,
Mil gloriosos laureles alcanzaron,
Protejidos de Dios y de su suerte,
Alzando la ciudad antequerana
Al apogeo de la gloria humana.





Antequera *ANT XIX 42*

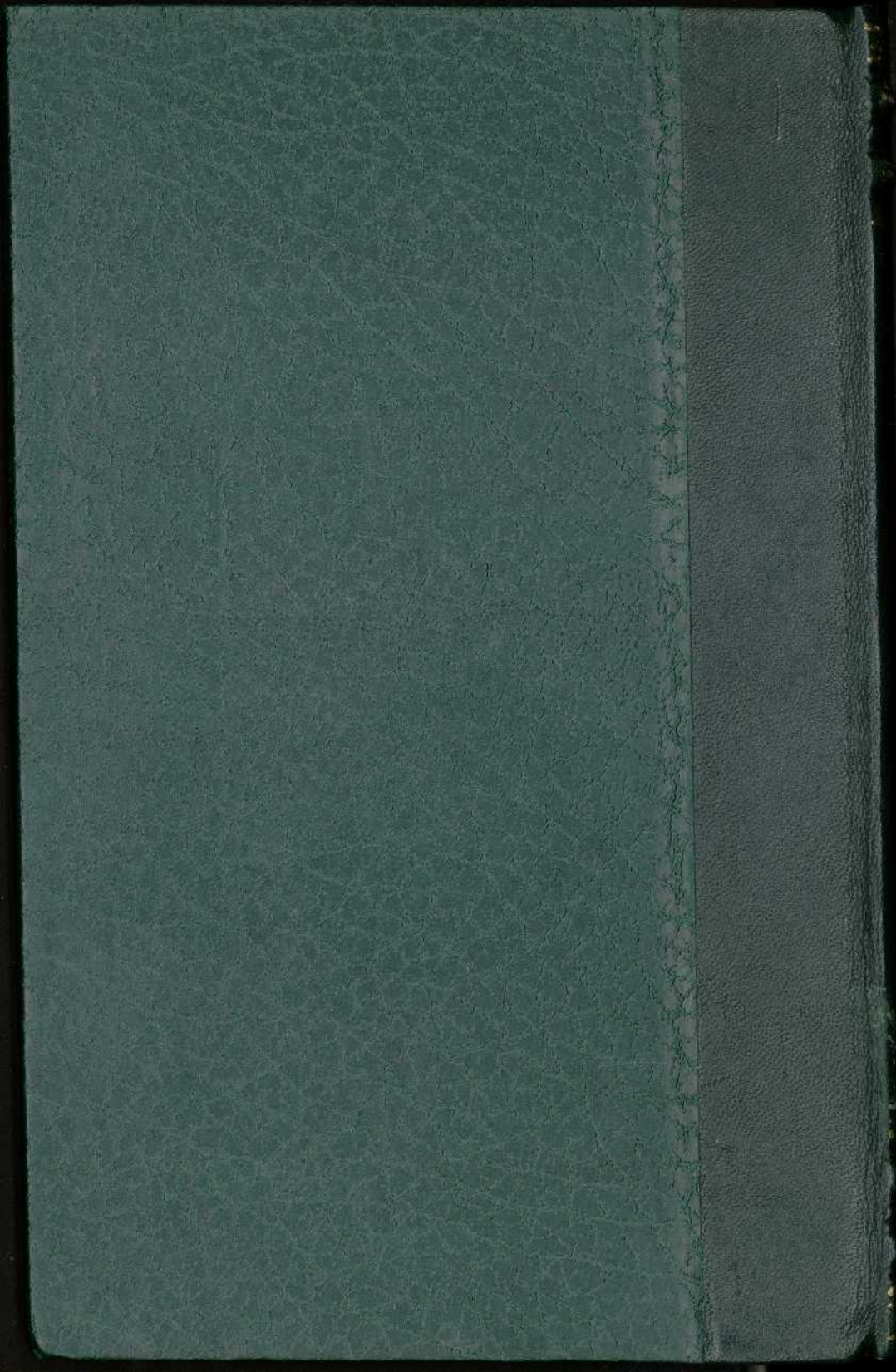
Sig.: ~~ATQ P ACT act~~

Tít.: Acta y composiciones premiad

Aut.: Juegos florales (1879. Anteq

Cód.: 8061745 R.34730 FL 705





MUSEOS FLORENTES DE ANTIQUARIOS 1879